

LAS CUEVAS DE HERRERA/SAN FELICES ¿UN EREMITORIO CRISTIANO?¹

IGNACIO ALONSO MARTÍNEZ

JUAN B. OLARTE

JOSÉ IGNACIO LÓPEZ DE SILANES VALGAÑÓN

JOSÉ LUIS GARCÍA CUBILLAS

RESUMEN

Se hace en este trabajo una descripción topográfica, arqueológica y toponímica del complejo de cuevas excavadas al pie de la Camáldula de Herrera, situada en el límite entre las Comunidades Autónomas de La Rioja y Castilla-León, entre Haro y Miranda. Hay dos grupos de cuevas. El más elevado o superior está perfectamente conservado mientras que el inferior está muy deteriorado. La magnífica arquitectura, especialmente visible en la cueva de arriba sugiere que fueron utilizadas para alguna función cultural. Y tal interpretación se reafianza por la existencia misma de la actual Camáldula.

ABSTRACT

This is a topographical, archaeological and place name description of the outstanding rock carved complex at the foot of the *Camáldula de Herrera*, situated on the border between the autonomic regions of La Rioja and Castilla-León (between *Haro* and *Miranda*). There are two groups of caves. The upper one is perfectly conserved and the lower one very deteriorated. Its

1 Como se puede ver ofrecemos aquí sólo una primera aproximación al tema, cuyo estudio tenemos intención de continuar en otras entregas ya preparadas unas y en curso de elaboración otras. Hemos querido quemar etapas para ofrecerlo al Prof. González Blanco, a cuyo magisterio y consejo testimoniamos así nuestra deuda.

architectural magnificence, especially visible in the grotto superior suggests it was used as a place of worship. This interpretation is supported by the tradition of the site still visible today in the *Camáldula de Herrera*.

1. INTRODUCCIÓN

El «descubrimiento» y estudio de las cuevas que presentamos tiene una larga historia que no es inoportuno recordar. Todo comenzó cuando uno de nosotros, Ignacio, liberado de trabajos absorbentes pudo comenzar una dedicación preferente a dos cuestiones que le habían interesado desde siempre: la formación de los pueblos y el nacimiento del romance castellano.

Las cuevas forman parte de los poblamientos, como nos enseña luminosamente la toponimia mayor y menor. Las cuevas labradas por el hombre son también lugares de recogimiento y de religiosidad. Se vive en ellas, se reza y se evangeliza: han sido el origen de muchos monasterios que han influido tanto en la Historia de España y de toda Europa.

Breves charlas sobre toponimia con el gran historiador alavés Saturnino Ruiz de Loizaga, amigo y maestro, nos llevaron al topónimo «Peña Govera», que se asocia con los de «Veldegovía» y «Govas». Él mantuvo en su tiempo que el término «Govia» era vasco, mientras Ignacio defendía que era latino-castellano. Es posible que la verdad esté a mitad de camino, ya que todo parece indicar que se trata de un préstamo que el vascoence ha tomado del latín, como es el caso de «gella» por «cella» o «cilla».

Ignacio se interesó por el topónimo de «Peña Govera» lo que le llevó a preguntarse por el origen del mismo y al interés que podría encerrar para la comprensión de las cuevas que hoy presentamos y que él conocía desde niño, como refugio de murciélagos, muy oscuras y tenebrosas. El mero planteamiento resultó apasionante.

La constatación de la existencia de cruces patadas que están en la entrada de la cueva grande y la cercanía geográfica a la camáldula, fomentaron aún más el interés y las cuestiones sobre tales antros y a preguntarse por su eventual relación con la historia de la religiosidad, ya sea desde su primera excavación o, al menos, desde luego a lo largo de muchos siglos. Se nos ocurrió esta reflexión porque en la zona de Herrera, y en relación con este topónimo, ha habido minas de hierro cuya localización y restos son aún visibles. Hay también salinas explotadas hasta hace muy poco, de igual modo que también hubo caleras. Para todos estos trabajos, las gentes que los llevaron a cabo tuvieron que haber habitado en el entorno y no sería imposible que el origen de las cuevas pudiera haber tenido relación con tales actividades económicas.

Las lecturas sobre la espiritualidad tardoantigua y sobre la historia del monacato llevaron a Ignacio a compartir sus inquietudes con el P. Juan B. Olarte, agustino recoleto y prestigioso historiador de San Millán de la Cogolla, quien le puso en contacto con el Dr. González Blanco, catedrático de H^a Antigua en la Universidad de Murcia que nos orientó en muchos puntos de la investigación.

Luego se incorporaron al equipo José Luis García Cubillas, excelente topógrafo y José Ignacio López de Silanes buen conocedor del arte y la historia de La Rioja. Ellos son los autores de la planimetría y de no pocas reflexiones de las aquí recogidas sobre todo el conjunto rupestre. El equipo ha tenido numerosas reuniones, siempre impulsadas por el miembro más antiguo del mismo, que sigue volviendo al lugar una y otra vez, y el estudio ha ido adquiriendo

dimensiones cada vez más amplias e interesantes, como es bien visible para quien se asome a estas páginas.

2. LAS CUEVAS ARTIFICIALES, UNA «CRUX» PARA LOS ARQUEÓLOGOS

Que las cuevas han sido siempre un lugar de refugio y de vivienda para los hombres es algo sabido y no hace falta insistir sobre ello.

Que las cuevas artificiales que dan muestra de restos de arqueología clásica han sido excavadas después del clasicismo grecorromano, hoy es admitido igualmente sin discusión.

Que tales cuevas hayan sido empleadas por monjes cristianos para vivir su eremitismo o su cenobitismo es algo que se nos presenta como una hipótesis de trabajo a confirmar, pero desde luego muy respetable y digna de atención dado el uso frecuente y conocido de los monjes de retirarse a vivir y hacer sus penitencias en tumbas siguiendo el ejemplo de S. Antonio Abad, en Egipto, o en grutas como hacían los discípulos de Prisciliano, y como podemos comprobar en numerosos casos en la historia del monacato.²

2.1. Las grutas de Herrera/san Felices son artificiales

2.1.1. Situación y descripción

Casi a un tiro de piedra de las Conchas de Haro, final oriental de los Montes Obarenes, se encuentra el monasterio de Santa María de Herrera, fundación cisterciense del siglo XII³, hoy transformada en «camáldula»⁴. A unos pasos del monasterio, descendiendo por cuesta Govera en el camino hacia el Ebro, se hallan las cuevas que dan también nombre a la sierra Govera, dos topónimos muy antiguos hermanados con los de Valdegovía y las Govas en Álava Occidental y Condado de Treviño respectivamente y muy próximos entre sí. No quedan lejos las «cillas» cerca de Traspaderne (Burgos) como Cillaperlata y Tartales de Cilla en el alto Ebro⁵.

Las cuevas alavesas y burgalesas son muy semejantes. Comparten su propensión rectangular y la ausencia de columnas. La influencia visigótica parece preponderante.

Las de Herrera son, en apariencia, muy distintas, y apuntan más a una conexión con la Antigüedad Tardía, sin que pueda excluirse por ahora un origen altomedieval⁶. Sus dimensiones y arquitectura son poco frecuentes en esta zona de los Obarenes, donde tanto abundan las cuevas

2 Sobre la interpretación de las cuevas y su uso como cenobios o eremitorios cristianos ver una amplia bibliografía en GONZÁLEZ BLANCO, A., «Las investigaciones sobre las cuevas», *Antigüedad y Cristianismo* X, 1993, p. 15-40.

3 La documentación ha sido recogida por CADIÑANOS BARDECI, Inocencio, *Monasterios mirandeses: Herrera y San Miguel del Monte*, Miranda de Ebro 1999, p. 9 ss.

4 Monasterio benedictino que sigue la regla de S. Benito, pero según el espíritu e interpretación que le dio la reforma de San Romualdo de Camaldoli en el siglo XI.

5 Convendría analizar, y se hará, todo el campo semántico de «gova» y «cilla» con las precisiones lingüísticas y geográficas que se pueda.

6 No queremos entrar aquí en discusiones sobre la periodización de la historia del arte en estos siglos que median entre el IV y el XI. Aquí hablamos de una manera genérica y nos referimos a la diferencia entre nuestras cuevas y los monumentos canónicos del siglo IV y los ya de época románica. Nuestras cuevas no están estudiadas aún en su aspecto tipológico y por ello sobre el tema habrá que volver cuando ya haya más trabajos de prospección de cuevas individuales, amén de otras consideraciones históricas.

artificiales, refugio de huidos: de la justicia, de las veleidades mundanas, de las invasiones, de las revueltas, de las persecuciones, etc.

Forman un complejo muy importante que parece contar con iglesia y hay restos de moradas muy numerosas.

A unos doscientos metros bajando se encuentran unas salinas cuya explotación se remonta a tiempos remotos⁷. Muy cerca de ellas, concretamente a unos setecientos metros se halla un yacimiento de mineral de hierro que dio a esta zona el nombre de Ferrera o Herrera. Hay otra mina próxima situada entre Ircio y Herrera, de menos importancia según parece, en el término llamado Ferreruela o Herrerueta. También existe un pago a un paso del monasterio denominado «Alto de la Calera». Tales topónimos nos informan sobre la relativa importancia económica del valle de Herrera que contó, además, con la pequeña ayuda de la agricultura y ganadería.

Se podría imaginar alguna relación entre salinas y minería con las cuevas, pero hay que pensar que en algún momento éstas han sido ocupadas por eremitas y monjes, como parece desprenderse de la estructura de las excavaciones y de las inscripciones y signos cristianos que en ellas aún pueden verse.

Las cuevas en estudio son bien conocidas de cazadores, pastores, excursionistas y vagabundos, pero se ha reparado muy poco hasta ahora en su importancia como probables habitáculos religiosos.

2.1.2. Entorno geográfico y toponimia

El monasterio de Santa María de Herrera, su posible precursor el monasterio de San Martín de Ferrera y las cuevas que aparecen a unos pocos pasos, están situados cerca de un arroyuelo que separa las autonomías actuales castellana y riojana. Una corriente de agua que nace en el monasterio baja por el modesto valle encerrado entre altos montes componentes de los Obarenes orientales, estribaciones del sistema Cantábrico y muro protector junto al gran río de la Castilla primigenia.

No hay que olvidar que en su puerta de entrada, las Conchas de Haro, y en ambas orillas del Ebro existieron dos castros muy antiguos que la protegieron. Tanto el de Buradón en la margen izquierda del Ebro, como el de Bilibio enfrente tienen mucho que ver también con las cuevas de Herrera tan próximas. Es el entorno que eligió San Felices para su meditación ascética.

El límite norte del vallejo es la Sierra Govera, cuya cara sur da en caída vertical al Ebro y cruzándolo por antiguos vados se llegaba al gran valle donde se movieron y se mueven las gentes por vías y tierras más amplias. En la cara norte están las cuevas labradas que dan origen al topónimo: es decir, que los pobladores que se quedaron en Ircio, junto al río, dieron el nombre a los montes próximos por las cuevas o govas que había abiertas en la roca fácil, probablemente desde siglos antes de tal denominación.

2.1.3. Entorno monacal y religioso

Los hagiotopónimos pueden resultar vitales para la investigación: Si atendemos al mapa del fuero de Miranda, que se acompaña, tenemos a San Martín múltiples veces, a San Formerio,

⁷ Estas salinas han estado en explotación hasta tiempos recientes. Eran propiedad de la familia Pérez, ferreteros de Haro. Ver documentación en CADÍÑANOS BARDECI, Inocencio, *Monasterios mirandeses: Herrera y San Miguel del Monte*, Miranda de Ebro 1999, p. 35 s. y 44.

patrón de Álava, nacido según la tradición en Bañares (Rioja), San Mamés dos veces, San Cipriano dos veces, San Lorenzo, San Salvador, San Juan varias veces, San Andrés, San Quirce, probable origen del topónimo Ircio, San Vicente dos veces, San Cristóbal dos veces, Santa Lucía, Santa Petronila, San Román, San Nicolás, Santa María Magdalena, Santa Marina, San Julián y por supuesto varias veces Santa María, San Felices y San Millán. Hay entre los citados algunos santos y mártires norteafricanos de los siglos III y IV y uno de ellos de Capadocia.

Los hagiotopónimos recogidos no pueden ser casuales y sin razón de su origen. San Felices con su ermita en la cumbre de Bilibio, es un lugar ya legendario en la historia cristiana de la zona desde el siglo V cuando San Millán vino junto a él a aprender espiritualidad.

San Miguel del Monte es otro importante santuario de la región.

En las investigaciones toponímicas nos ha sido de gran utilidad la edición crítica del fuero de Miranda de Ebro, obra de D. Francisco Cantera Burgos, publicada en 1945 y reimpresa en 1980. Nuestro agradecimiento al desaparecido profesor e insigne mirandés.

Hay arqueología sin nombre documentado, de importancia muy notable: la iglesia junto a la cara sur de las Conchas de Haro, en tierra ya alavesa, excavada por los arqueólogos de esa comunidad⁸.

Y algunas cuevas con indicios de haber sido monacales, como Bilibio, Páqueta, etc.

3. EL CONTEXTO HISTÓRICO DE LA SACRALIZACIÓN DE LA TIERRA

3.1. Monaquismo español en los siglos V y VI

Una visita más bien rápida a las cuevas, tan complejas, del valle de Herrera, próximas al monasterio camaldulense del mismo nombre, nos hace sospechar que fueron de utilización monacal en los siglos de la Antigüedad Tardía. Dos son los momentos en los que con mayor verosimilitud se podría pensar que estas cuevas pudieron surgir: o bien en los siglos IV-VI o bien en entre el VIII-IX. Pudieron haber sido excavadas, desde luego, para otros usos o en otras épocas, pero eso tendrá que dirimirse en diálogo continuo con la arqueología. Partamos de la primera impresión.

Ambas épocas aludidas son de una apabullante oscuridad documental en cuestión del monaquismo español. Por eso mismo, porque pueden ofrecernos alguna luz donde sólo hay sombras, nos parece que es de gran utilidad su estudio. Comencemos por lo que tenemos: unas coordenadas bastante generales de la historia de las mentalidades que se fueron cruzando en los dos momentos que marcamos. Las indicamos dando por descontado que el lector conoce el trasfondo de las imprescindibles referencias, que no hacemos más que enumerar.

El monaquismo nació como iniciativa de vida en Oriente a finales del siglo III o comienzos del IV y nació seguramente por motivaciones varias y variadas. Se ha puesto de relieve su posible relación con las cosmovisiones sapienciales del momento, que hacía que los mismos filósofos o al menos algunos de ellos vivieran a la manera de monjes; se ha hablado de fervor que hacía a algunos cristianos desear una vida divina siguiendo el ejemplo del pueblo judío

8 CEPEDA OCAMPO, J. J. y MARTÍNEZ SALCEDO, A., «Buradón. Un conjunto arqueológico singular en la Rioja Alavesa», *Revista de Arqueología* nº 156, 1994, 38-41; y con más detalle en *Arqueología de urgencia en Alava (1989-1993)*, Vitoria 1994, p. 43-60; alguna de las piezas halladas en la excavación en OLAGÜE FELIU, Fernando, *Arte Medieval español hasta el año 1000*, 1998.

colgado de la mano de Dios en el desierto; es muy posible que la esperanza escatológica muy viva les llevara a no contemporizar con los poderes urbanos y que el contraste con los perseguidores hiciera surgir el espíritu monástico. Por eso mismo se busca la *fuga mundi*. huída de la sociedad, de la cultura, de la economía, de la jerarquía eclesiástica, del urbanismo, de la familia, de las vías de comunicación... Huída a modelos de espiritualidad que «no eran de este mundo». En ello se ponía la meta de la santidad. Y el camino para alcanzarla era una ascética radical sin contemporizaciones. Todo esto es bien conocido. Tras de las vidas de San Pacomio y de San Antonio Abad en Egipto, por lo menos en la segunda mitad del siglo IV este movimiento dentro del cristianismo ya había llegado a Occidente: la vida de Jerónimo, de Simpliciano, de Agustín y de Paulino de Nola nos informa de que había monjes en Tréveris, en Milán, en Roma, en Calabria, en Baleares...

Pero también por entonces había surgido un distanciamiento entre jerarquía eclesiástica y monacato y las relaciones se habían tornado polémicas: San Jerónimo había dicho que *alia est vía monachi, alia clericorum*, y eso era cierto en el propósito inicial de los monjes (algunos monjes fueron ordenados sacerdotes a traición y contra sus protestas; así lo cuentan las *Verba seniorum*); sin embargo San Agustín, San Paulino de Nola, San Martín de Tours, y tantos otros, no tuvieron más remedio que claudicar y aceptar el episcopado. De los discípulos de San Agustín, según testimonia Posidio en su *Vita Augustini*, hubo diez o doce que también fueron consagrados obispos. El mismo papa Siricio, en 385, había recomendado al primado de Tarragona que se eligieran los miembros del clero entre los monjes. Y cuando los monjes de la isla Cabrera, de las Baleares, consultan sus dudas a San Agustín sobre el problema, reciben la respuesta de aceptar las sugerencias de la Iglesia como un servicio no apetecible, pero servicio obligatorio (*Carta a Eudoxio*).

Paralelamente el afán de soledad, lejos de las ciudades y de las vías de comunicación y de cultura, también sufrió sus modificaciones tanto en Oriente como en Occidente: se hacen monjes personajes salidos de las escuelas romanas y, aunque tengan sus escrúpulos por leer a Cicerón o a Virgilio, sus reticencias nos suenan a huecas y retóricas porque no pueden renunciar de corazón ni al platonismo ni a la elegancia literaria adquirida: el ejemplo de Jerónimo, de Agustín, de Basilio, de Gregorio de Nacianzo, de Evagrio, de Casiano... es elocuente. Todos estos, o la mayoría, van acercándose a las ciudades buscando una modalidad de monaquismo urbano y un cultivo de las letras como mejor manera de servir a la Iglesia: predicán como los rétores, escriben como los historiadores o poetas, teologizan como los filósofos. Y participan en las sutiles polémicas trinitarias y cristológicas del momento. Sin dejar de ser monjes. Pero los caminos de la Iglesia en general y los de los monjes en particular sufren fuertes influencias de las circunstancias en las que les toca vivir

¿Qué pasó para que el monacato en Hispania adquiera en algunos casos un carácter agreste y marginal? Creo que bastan dos razones para explicarlo: la convergencia de las invasiones germánicas y el priscilianismo.

Los bárbaros tienen por meta acercarse al Mediterráneo del sol y del trigo y vivir del saqueo. Pero el saqueo sistemático durante varias generaciones, sin renovar ni una tarea productiva, ni una vía de comunicación, ni un edificio, ni una institución, arruina la sociedad. No es que los monjes huyeran (que sí huyeron, como todas las demás clases sociales) de las ciudades, sino que las ciudades mismas desaparecen porque la única forma de vida posible es la soledad de los montes: una cueva, una fuente, un prado, un huerto dan poco, pero en ellos se encuentra una subsistencia que no ofrece la ciudad. Todo esto es conocido.

La segunda razón es más propiamente española: el priscilianismo. Prisciliano, obispo de Ávila, fue condenado a muerte y ejecutado en 385, a la vez que el papa Siricio recomendaba a los monjes para el presbiterado y episcopado. Dejemos al margen sus postulados teológicos, que son bastante endebles, y en los que, a simple vista, no se detecta ningún atisbo de herejía; y fijémonos únicamente en las prácticas ascéticas: se le acusa (sólo nos han transmitido noticias sus acusadores) de denunciar el acomodacionismo político de la jerarquía eclesiástica, o de prácticas ascéticas radicales, o extravagantes que hoy podríamos no compartir, pero nunca condenar: círculos cerrados de oración, abstinencia del sexo, desprendimiento total de bienes, igualdad del hombre y de la mujer, incluso se alega en el juicio que alguna vez le habían sorprendido rezando desnudo. En esto se parecía a aquel monje egipcio que, por renunciar, había renunciado hasta al vestido.

En todo esto se acercaba a un ideal monástico muy fervoroso y sin compromisos, pero también antiurbano. No estoy diciendo que monjes y discípulos de Prisciliano fueron lo mismo, sino que daban una imagen muy parecida en sus comportamientos. La iglesia occidental se dividió (Ambrosio de Milán o Martín de Tours, por ejemplo, pidieron que se anulara la sentencia de muerte: era la primera condena civil por un «delito» eclesiástico); en particular se dividió la Iglesia de Hispania. Ganaron la batalla de las decisiones dogmático-conciliares los antipriscilianistas, que confundieron a los monjes con los herejes. Y monjes y herejes debieron acogerse a los «*escondrijos de los montes*» para defender su vida y su forma de vivir. Creo que así lo dice el segundo concilio de Braga, el que da por liquidado el priscilianismo casi dos siglos después de la sentencia de Tréveris. El hecho es que la incultura y la ruralización de la cultura y de la vida de los monjes provoca el que la Iglesia tenga dificultades para orientar su comportamiento en el orden cultural. ¿Cómo se iba a practicar la orden del papa Siricio si los monjes daban la apariencia de no tener preparación cultural suficiente?

De estos casi dos siglos de monaquismo poco documentado tenemos algunos documentos, no muchos pero sí de gran interés: podremos recordar los escritos monacales de San Leandro, de San Isidoro de Sevilla, las cartas del obispo Liciniano de Cartagena y, entre otros y sobre todo, un documento que nos es muy cercano en el estudio del valle del Ebro que es la *Vita Aemiliani*, de San Braulio (las demás noticias son leyendas más o menos creíbles, más o menos increíbles): escrita hacia el año 634, comienza por la llamada de Millán a la vocación monástica que, por datos ofrecidos, tuvo que acontecer hacia el 490: llevaba entonces fama de maestro de espiritualidad el que conocemos como San Felices de Bilibio y a su magisterio se dirigió el candidato a monje. No nos dice Braulio que Felices fuera un solitario o un anacoreta, sino que era maestro. El magisterio supone un discipulado y los discípulos constituirían una agrupación o comunidad. ¿Cenobio? Seguramente sí, porque el maestro es el líder y porque no hay razones para sospechar que el caso de Millán fuera el único que se acogía a su magisterio y liderazgo.

Pues bien, el risco de Bilibio se encuentra, a vuelo de pájaro, a kilómetro o kilómetro y medio de las cuevas de Herrera. ¿Qué aprendió San Millán allí? «*Ocho salmos y reglas de vidia*», así los dice Braulio. No solamente era lugar escondido, sino que el estudio de la cultura no era preocupación de los monjes de entonces. Y las cuevas de Herrera, por más que su dimensión suponga una a dos generaciones para ir las completando, bien podían acoger un monasterio de finales del siglo V. Es claro que lo anterior no se propone como tesis, sino como hipótesis de trabajo.

Casi con los mismos argumentos podríamos apuntar al siglo VIII para encontrar un ambiente propicio al desarrollo del monacato rupestre, cuando la estructura social y religiosa de España

se desmonta por la invasión árabe. San Eulogio en el Memorial de los santos, escrito entre 852 y 856, nos afirma que los monasterios cordobeses habían encontrado seguridad «entre montes desiertos y bosques solitarios». Se repite sin saberlo aquello de los «*latibulis montium*», de los «*escondrijos de los montes*». Y se repite también el enfrentamiento entre monjes radicales y obispos acomodaticios: Eulogio tiene que enfrentarse a su obispo Recafredo que contemporizaba con el emir y mandaba encarcelar a los monjes que se ofrecían al martirio. Lógicamente, los escondrijos de los montes y las denuncias del acoplamiento entre jerarquía eclesiástica y poder civil no se inventaron en el año 850; venía de atrás.

Pues bien, en esta zona del Alto Ebro, ya desde el año 759 nos constan iniciativas monacales, pues en ese año está datado el *pactum* fundacional de San Miguel de Pedroso, y, a partir del año 800 las fundaciones monasteriales, todas o casi todas de estructura familiar (una ermita, unas casuchas, unos huertos y poco más) se van multiplicando. Y justamente en esta zona del Alto Ebro a donde confluyen monjes y pobladores algunos procedentes del lejano Oriente, otros de tierras de León y de otros lugares, que en la turbación de los tiempos y de las campañas militares muy duras, buscan un refugio seguro, aunque no sea fácil de hallar a la vez que traen bajo el brazo reglas y normas, como por ejemplo la de San Fructuoso del Bierzo. Pero todos saben que es el «homo sanctus» el «holy man» la clave para seguir los caminos de Dios. Y en Herrera en algún momento hubo un hombre de Dios que consiguió convencer a los que buscaban a Dios de que Dios estaba cerca y que aquella tierra que pisaban era «santa» y que en aquellas cuevas se podía descubrir y contemplar la sabiduría del Señor.

3.2. El monasterio de Herrera

Jovellanos en sus *Diarios* escribió sobre el monasterio de Santa María, elogiando el emplazamiento: «¡Sitio delicioso! ¡Qué huerta tan bella por su natural frescura y fertilidad! ¡Que abundancia de aguas nacidas de ella misma! ¡Que bosques de frutales nacidos de retoño y llenos de fruta!»⁹.

Santa María de Herrera recibe su nombre, con toda probabilidad, de la abundancia de mineral de hierro. Al parecer hubo un antiguo monasterio, que, según documentos del siglo XI, se denominó San Martín de Ferrera o de «Oyaferrera»¹⁰, cuyos antecedentes debieron ser las cuevas en estudio. Muy próxima está la ermita de San Juan de Oyaferrera en una cueva de reducidas dimensiones, donde los mirandeses celebran una romería cada año.

3.3. Localización y planimetría

El monasterio de Santa María de Herrera está a medio camino monte a través, entre Miranda de Ebro (Burgos) y Haro (La Rioja). Villalba de Rioja está muy cerca e igualmente Ircio (Burgos), en dirección opuesta. Existen todavía y bien conservados caminos viejos que unen Herrera con

9 Diarios, B.A.E., tomo 85, p. 270, citado por CADIÑANOS BARDECI, Inocencio, *Monasterios mirandeses: Herrera y San Miguel del Monte*, Miranda de Ebro 1999, p. 15.

10 La grafía de este topónimo a veces se escribe con «ll» es decir «OllaFerrera» (Ver CADIÑANOS BARDECI, I., *Monasterios mirandeses: Herrera y San Miguel del Monte*, Miranda de Ebro 1999, p. 11, etc.), pero lo más probable es que haya un iotacismo y que haya que transcribir por «Oyaferrera». Es este otro de los topónimos a estudiar, ya que los monjes en ocasiones ocuparon cuevas de antiguas minas para asentarse y establecer sus eremitorios.

dichas poblaciones; pero hay uno más significativo que arranca al final del valle con dirección a Bilibio, despoblado que cuenta sólo con una ermita en lo más alto de una peña y a su lado una enorme explotación de basalto empleado en la construcción de vías férreas. Bilibio está asociado a San Felices, maestro de San Millán, que atrajo a muchos aspirantes a la santidad por su vida ascética y penitente, recogidos todos en cuevas iguales o parecidas a las que estudiamos.

4. EL ESTADO ORIGINAL DEL CONJUNTO ARQUEOLÓGICO QUE ESTUDIAMOS

4.1. El entorno: geografía, toponimia y cultura

Salvadas las Conchas de Haro, aguas arriba del Ebro en su margen derecha termina un valle chiquito que recorre un arroyo llamado de los Aguanales. Nace en el mismo monasterio de una fuente de ensueño. Sirve también, como su nombre indica, para facilitar el desagüe de los sembrados que han sido y son muy pocos. Presta también el servicio de término o línea de separación de las autonomías de Castilla y León, y La Rioja.

El vallejo de Herrera tiene como pared norteña Sierra Govera y al sur Peña la Abeja, Peña Redonda y Peña Colorada.

Ya hemos aludido antes a las salinas y a las minas de hierro que han dado origen al topónimo de Herrera. Digamos que tenemos la certidumbre de que antaño fueron explotadas, estando en la actualidad abandonadas y cubiertas de maleza. Hemos estado en el lugar y hemos recogido fragmentos de mineral y de escoria que abunda en el propio camino a la altura de la misma mina.

Existe un topónimo menor, llamado «La Mina» en ese preciso lugar. Otro topónimo «Hornillos», junto al convento bien puede hacer referencia a antiguos hornos de fabricación de hierro o pasta de hierro. El mineral se transformaba en el monte boscoso, donde se produce con facilidad el carbón vegetal, ya que se requería gran cantidad para lograr pequeñas masas de pasta de hierro. Recordemos que en las cercanías del Monasterio de Valvanera se elaboraba este metal¹¹.

Justo enfrente de Peña Govera en la margen izquierda del Ebro hay un pueblo llamado Santa Cruz del Fierro, donde hemos comprobado que hubo forjas hasta tiempos recientes.

Las salinas han originado también su toponimia, como es natural. Hay documentación sobre ellas, pero a partir del siglo XIII, poco después de que llegasen los monjes cistercienses, fueron propiedad del convento de Santa María de Herrera hasta los tiempos de Felipe II.

La privatización del comercio de la sal tuvo lugar en 1868. Madoz, al citar las salinas de Herrera nos dice: «Cuenta con un mineral seguro y próximo, blanco y cargado; sus almacenes son pobres y mal contruidos y las chozas para los obreros son aduare. Un establecimiento de esta naturaleza que surte de sal a la provincia de Logroño, parte de la de Burgos y aún de Soria y que produce de 7 a 8 mil fanegas anuales, habiendo sacado las 12 mil en el año 42; la contrata del Sr. Salamanca está en completo abandono; sus empleados constan de un adminis-

11 MADROÑERO DE LA CAL, A. y otros, «Interpretación inicial de los restos de una Estación Suderúrgica, aparecidos en el entorno del Santuario de Ntra. Sra. de Valvanera (Rioja)», *Revista Técnica Metalúrgica*, julio-agosto 1985, 29-31.

Agradecemos a Gumersindo Rebollo, gran conocedor de los montes de Herrera, su ayuda en la localización de la mina de hierro y de un edificio derruido próximo a ella ambos cubiertos por la maleza y de difícil acceso.

trador con 4000 rs, un interventor con 3000, guardalmacenes, pesador y demás gente necesaria para su custodia»¹².

Destaquemos que las salinas no dan nombre al topónimo mayor de Herrera, como sucede con Salinillas de Buradón, Salinas de Añana, siendo las de Buradón mucho más pequeñas que las de Herrera y, en cambio, el hierro, sí.

Del entorno religioso y cultural ya hemos dicho más arriba.

4.2. Zona de acceso difícil, zona de repliegue

Para entrar a la cueva hay que saber el camino, de otro modo pasas de largo sin darte cuenta. Si, por hipótesis alguien ocultara el camino, los eventuales depredadores que se acercaran no verían la entrada. Verían, sin embargo, el agua abundante y la belleza serena del lugar. Seguridad y soledad.

4.3. Determinantes geográficos

La toponimia con «Govera», «Picón de Govera», «Sierra Govera», «Monte Govera», «Cuesta Govera» nos habla de la antigüedad de las cuevas.

«Covabalza», «Covalza», «Cuevas Negras», «La Calzada», «La Llana», «La Pradilla», «La Serna», «Los Castillos» y otros topónimos nos ayudarán mucho en este temerario estudio que está en sus baluceos (Ver mapa parcelario y otros).

Das palabras para la flora y la fauna de los montes que circundan Herrera. Abundan en ellos la encina, el coscojo, el roble, el boj y el enebro, así como el borto o madroñero. Recientes son las plantaciones de pino, un tanto ajeno a la flora de estas sierras.

El jabalí es el señor de la fauna y el zorro, peligro de perdices y conejos. No escasean las aves de rapiña y han vuelto a aparecer los buitres. Agua no falta y caza tampoco

Para el resto de las consideraciones hay que tener en cuenta la visión que nos proporciona el plano del conjunto (Fig. 2)

Estamos en una zona de indudable interés histórico y arqueológico, pero la consideración de su actual «status», de su actual descripción «política» nos evidencia y hace resaltar el aspecto de «desierto» que es un rasgo distintivo de la zona¹³.

Situado entre las provincias actuales de La Rioja y Burgos y prácticamente lindando también con la de Álava, visualiza el aislamiento del conjunto¹⁴.

12 MADDOZ, Pascual, *Diccionario Geográfico- Estadístico-Histórico de España y sus posesiones de Ultramar. Rioja*. Reimpresión, Logroño 1985, p. 105.

13 Ya las descripciones antiguas del lugar aluden al hecho: «*todo alrededor de riscos y altas peñas, ramas desgaxadas de los Pyrineos, forman estrecho valle a manera de una erradura llamado acaso por eso Herrera, todo él por una parte y otra está poblado de encimas y por la espesura de los boxes, enebros y bortales tan fragoso que en aquel tiempo se hacía impenetrable a las mismas fieras*»; y Argáiz añade: «*una soledad tan grande que ninguna me ha parecido más a propósito para ser santos que ella*», citado por CADIÑANOS BARDECI, I., *Monasterios mirandeses: Herrera y San Miguel del Monte*, Miranda de Ebro, 2ª edición, 1999, p. 12.

14 La división actual de las provincias de España, llevada a cabo por Javier de Burgos, con los criterios que se saben, deja entender que un punto que es prácticamente confluencia de tres provincias necesariamente está lejos de todas partes.

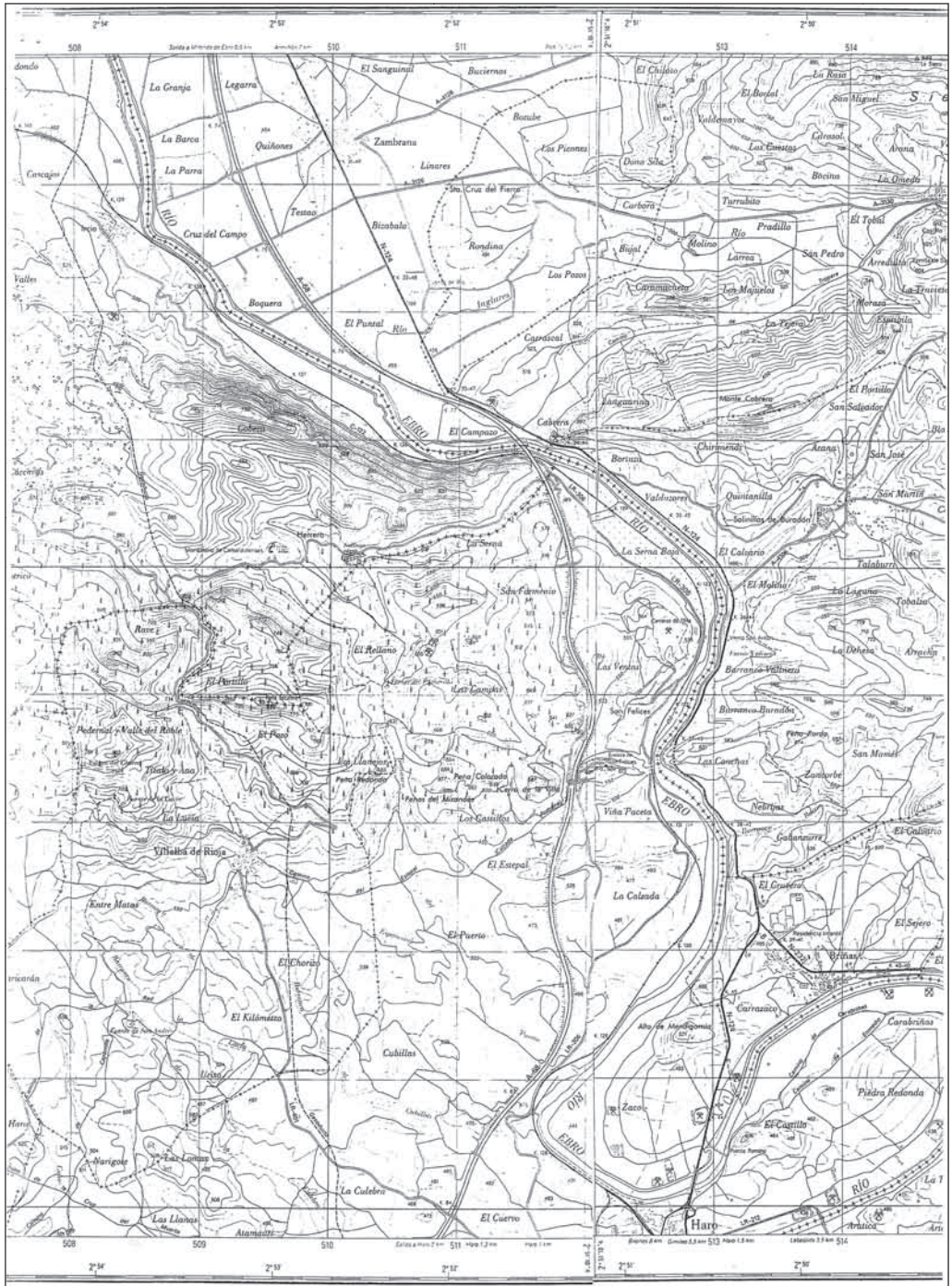


FIGURA 1. Mapa 1/25000 del Valle del Ebro con la zona de la camaldula de Herrera.

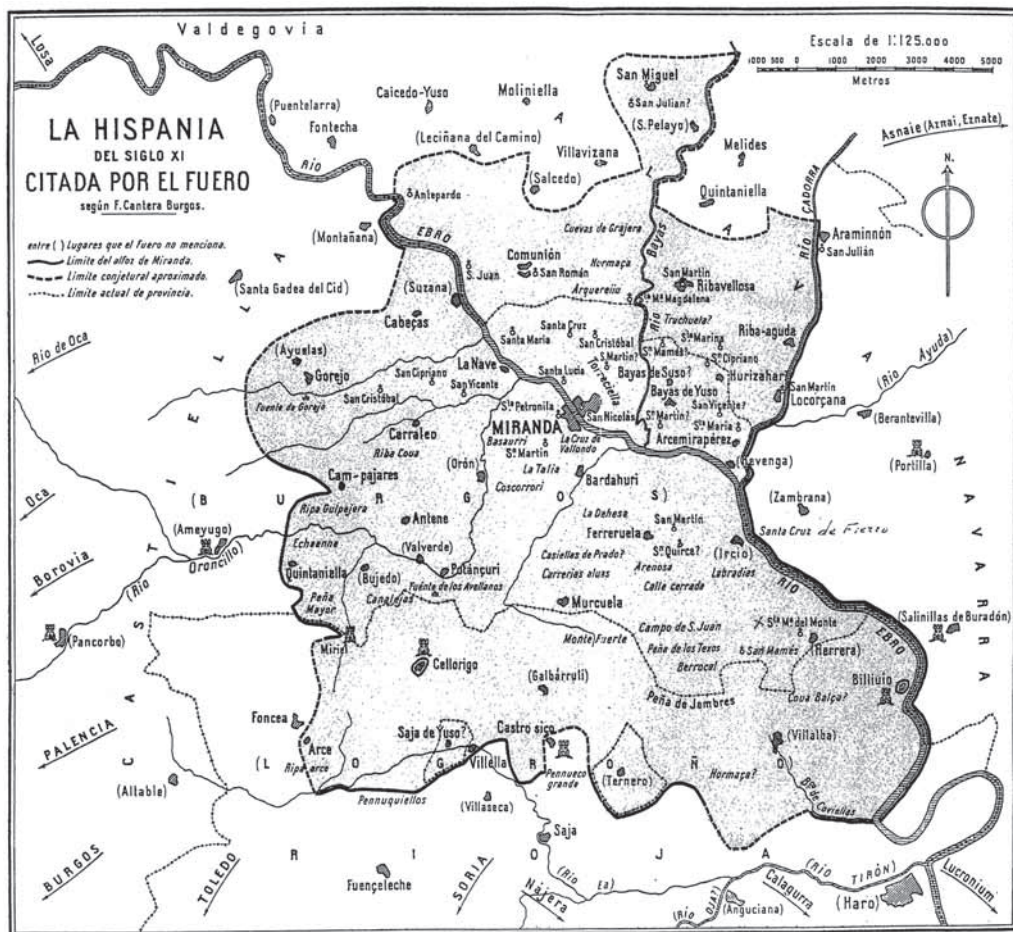


FIGURA 2. Mapa del fuero de Miranda con los topónimos allí contenidos.

Y el hecho de que a pesar de todas las dificultades siga existiendo allí la camáldula es buen indicio de lo alejado del lugar a pesar de estar en línea recta, a menos de dos kms. del centro de Haro y a poco más del de Miranda.

El aislamiento del sitio se manifiesta también porque en tiempos tan recientes como 1795, los monjes solicitan del Rey «jurisdicción en el término privativo de Herrera», basándose en la soledad del lugar propicia al refugio de malhechores y en los abusos cometidos en su territorio que no castigaba la justicia de Miranda.

4.4. Tradición monástica

El origen y primera documentación sobre el monasterio de Herrera, que es nuestro punto de partida a la hora de afrontar el estudio de nuestras cuevas, se nos cuenta del siguiente modo:

Hay dudas sobre las circunstancias en que se encontraba la zona que hoy ocupa Herrera, antes de su enajenación de la corona. El nombre suena a mediados del siglo XII en el fuero de Cerezo¹⁵.

El monje antes citado (Argaiz) decía que «*distante como cosa de un quarto de legua del río Ebro auia un antiguo palacio o casa fuerte en que se recogían los reyes cuando venían a caza y en que solía vivir un alcaide o mayordomo que cuidaba del monte y administraba las salinas que están a un tiro de mosquete de la casa*». Que existió una torre llamada «*del Rey*» es seguro, pues está comprobada su existencia en el propio recinto del monasterio; después fue rebajada.

Más seguro es que existió un antiguo monasterio, con antecedentes eremíticos rupestres, como lo confirma la vida solitaria que cerca llevó San Félix y también su discípulo San Millán. En 1044 Lope Sánchez de Armiñón y Alvaro González de Guinea ofrecían a San Millán de la Cogolla su parte (el quinto) de San Martín de Ferrera, que posiblemente era un priorato benedictino. El fuero de Miranda lo cita con este mismo nombre. Algunos documentos del siglo XII nombran a San Martín de Ferrera o OllaFerrera al mismo tiempo que a San Juan de OllaFerrera, hoy popular ermita. Ambos eran monasterios dependientes de Leire, junto con «*Mercora*», posiblemente La Morcuera, después monasterio de San Miguel del Monte.

Siguiendo las orientaciones del fundador, para el nuevo edificio se escogió «*una soledad tan grande que ninguna me ha parecido más a propósito para ser santos que ella*» (Argáiz). Su emplazamiento es más debajo de Ircio, en la falda del monte, no lejos de la ribera del Ebro, junto a la raya que separa las provincias de Burgos y La Rioja. Cayó dentro de la jurisdicción de Miranda, siendo el abad alcalde pedáneo de aquel sitio.

Dice Manrique que el traslado se llevó a cabo en 1178. Es posible que así fuera puesto que entre la donación del lugar y su acondicionamiento para habitación de la comunidad, hubo de pasar un largo tiempo. Serrano, por su parte, piensa que el hecho había ocurrido dos años antes. Sin embargo los monjes opinaron que no pudo tener lugar antes de 1180¹⁶.

Su primer abad documentado es Dom Guillermo¹⁷, en origen abad benedictino, a quien seguirían ya abades cistercienses¹⁸.

15 Hemos de recordar que en la edición crítica del fuero de Miranda de Ebro se cita el ya el topónimo de «*Olhaerrea*» que parece indicar una pronunciación a la vasca.

16 CADIÑANOS BARCEDI, I., *Monasterios mirandeses: Herrera y San Miguel del Monte*, Miranda de Ebro 1999, p. 11-12.

17 CADIÑANOS BARDECI, I., *Monasterios mirandeses...*, p. 16, en la que precisa: *GUILLERMO DE SAJA (1171-1193). En 1169 aparece al frente de la comunidad de Valdefuentes y en 1171 en Sajazarra. Después fue abad de Herrera*.

18 La historia de Don Guillermo es compleja. Por lo que se sabe (citamos a CADIÑANOS BARDECI, I., *Monasterios mirandeses...*, p. 10-11), «El 28 de septiembre de 1169 Alfonso VIII, por mediación del obispo toledano don Cerebruno, concedía al abad de Valdefuentes, don Guillermo, la heredad de Sajazarra a donde se traslada el monasterio que debía de seguir siendo de benedictinos pues el superior se titulaba «prior» y no «abad» de haber sido cisterciense. La instalación en Sajazarra se hace en 1171, manteniendo a su frente a Don Guillermo. Este pidió a Veruela unos monjes que instruyeran a los suyos en la nueva regla cisterciense, quienes no sólo lo hicieron así sino que, con el tiempo, sucederían como abades a Don Guillermo. «*Año de la Encarnación de Nuestro Señor Ihesucristo de mil y çiento y setenta y uno, a doçe días del mes de maio fue fundado este deuoto e insigne monasterio ... por manos de don Raymundo, abad del monasterio de Beruela*». ... En 1172 reciben los cistercienses de un particular la mitad de la granja de Arteaga, seguramente debido al interés puesto por Alfonso VIII y otra, aun más importante, del propio monarca en 1176 de Herrera, Herrerueta, Hormaza y la dehesa de Armiñón, todo ello en las últimas estribaciones de los Obarenes, en donde estos tropiezan con el Ebro. Según los monjes, el monasterio de Saja es abandonado por falta de suficiente agua y leña».

Hemos partido de constatar esta tradición monástica, documentada ya en el siglo XII y persistente en la actualidad, cuando la camáldula sigue ocupando y restaurando los viejos edificios para emplearlos como lugares comunes (hospedería, etc.) además de vivir cada monje en su casita moderna, muy austera.

Como ha podido constatarse en la documentada exposición de Cadiñanos Bardeci hay no sólo toda una serie de hipótesis, sino también una dosis no pequeña de reconstrucción y de conclusiones muy razonables, pero que han de ser proseguidas, discutidas y si es posible afianzadas con argumentos nuevos. Nosotros pretendemos aportar algunos datos arqueológicos que creemos pueden obtenerse del estudio de las cuevas que aquí consideramos. Y para comenzar podríamos plantearnos un tema que ya algunos autores han tratado: el del origen de iglesias y monasterios¹⁹.

4.5. Posible origen del monacato en el lugar

Si hay salinas y hay explotación del hierro, es más que probable que ambas industrias padecieran un abandono en su explotación con los trastornos de comienzos del siglo V. Pero lo mismo que ha ocurrido en otros lugares la soledad y los restos de las antiguas explotaciones pudieron ser una tentación para personas que buscaban el alejamiento del mundo y hallaban allí estructuras de habitaciones ya construidas o excavadas en las que llevar a cabo su ideal.

Y si en un principio tales estructuras fueron empleadas meramente como lugares de habitación, más tarde y una vez constituida la comunidad, es altamente probable que se recuperaran las antiguas explotaciones, dando una mayor rentabilidad al trabajo y más riqueza al monasterio.

Así pues, situaríamos el origen del monacato en este lugar primero como una simple cristianización del territorio para más adelante incrementarlo con la recuperación de actividades que contribuyeron a la explotación del mismo y al auge de la vida monástica.

5. DESCRIPCIÓN DE LA CUEVA GRANDE (FIG. 2)

Comencemos por constatar que las cuevas cuyo plano (Fig. 1) presentamos es lo que hoy queda de un conjunto mucho más amplio y complejo²⁰:

- 1) Hay destrucciones en la zona de la entrada
- 2) Hay cuevas destruidas al otro lado del camino

Pero no es tanta la destrucción que no nos permita acercarnos al mismo al menos en lo esencial

Basta contemplar el levantamiento planimétrico adjunto para comprenderlo. Estamos ante una excavación casi hipodámica con galerías excavadas en filas y columnas que, salvo milagro no presumible de evolución de la corteza terrestre no puede ser más que artificial.

La entrada siempre ha sido por donde lo es en la actualidad por la simple razón de que no hay otra.

19 Ver CABALLERO ZOREDA, L., «Arquitectura de culto cristiano y época visigótica en la Península Ibérica», *XXXIV corso di cultura sull'arte ravennate e bizantina. Seminario Internazionale di Studi su «Archeologia e Arte nella Spagna tardorromana, visigota e mozarabica»*, Ravenna, 4-11 aprile 1987», Ravenna, Edizioni del Girasole, 1987, p. 31-84, especialmente pp. 43 ss.

20 El levantamiento topográfico ha sido obra de José Luis García Cubillas y J. Ignacio López de Silanes

Que el punto central de la gruta está en su ángulo NO. no ofrece la menor duda, por la mera contemplación del plano y por una reflexión elemental a partir de la misma, tanto si pasamos al levantamiento axonométrico o si visitamos la cueva. Por ambos caminos, la impresión se confirma hasta llegar prácticamente a la evidencia.

A) La mayor dignidad y amplitud de las dos galerías que se encuentran en ese ángulo

B) Los ábsides de ambas caras

C) El nivel más bajo es el del piso de entrada

D) La galería N/S asciende suavemente en dirección sur y en una zona seca como es el interior de la cueva esto no se debe a la búsqueda de unas condiciones ambientales. Una explicación coherente puede ser que se ha buscado mayor elevación para facilitar la vista. Todo el conjunto da la impresión de estar concebido y realizado para que desde la mayor parte de la cueva se pueda presenciar lo que sucede en ese ángulo.

5.1. Las inscripciones

Los grafitos e inscripciones conservados sobre los lienzos de sus paredes acreditan que las cuevas han sido visitadas a lo largo de los últimos siglos, pero no nos dan seguridad de nada más.

Hay grafitos indudablemente modernos.

Las cruces pueden ser antiguas, como puede verse en el trabajo presentado por A. González Blanco en el *Congreso Arqueológico Nacional* de Zaragoza del 2001²¹.

Falta una prospección pormenorizada de las cuevas, con especial atención a posibles destrucciones en época árabe.

6. REFLEXIÓN SOBRE EL CONJUNTO RUPESTRE Y ELLEVANTAMIENTO DE LOS PLANOS QUE PRESENTAMOS

La vertiente meridional del monte, en cuya cumbre se asienta el monasterio de Santa María de Herrera, se encuentra horadada por varias cuevas, al punto de que en Villalba de Rioja conocen como «las cuevas» al valle que nace en las puertas del monasterio, discurriendo por las salinas hasta abrirse paso a la llanada del Ebro. Pero sólo «el conjunto rupestre de la cueva grande» (que abarca la cueva mayor y mejor conservada situada a la derecha del camino que asciende a la camáldula más el conjunto de cuevas destruidas a la izquierda del mismo camino y para mayor precisión dividimos en dos subconjuntos el II y el III) va a ser el objeto de nuestro estudio.

La cueva grande, o «recinto I» ocupa la posición más alta (en lo sucesivo cueva alta), cuya planta es asimilable a un triángulo rectángulo; se compone de dos galerías (designadas como «A y B») perpendiculares en el sentido este-oeste una y norte-sur la otra, con una ligera pendiente ascendente a medida que se profundiza en las cavernas. El recinto se complementa con corredores oblicuos ubicados al sur de los anteriores, que terminan en seis aperturas a la superficie en su vertiente este, más una galería que da acceso a una cámara situada un piso por debajo del nivel de los espacios anteriores, que llamaremos «cámara baja». El estado de conservación de este recinto es aceptable, salvo en lo que se refiere a las aperturas al este y a la cámara baja.

21 GONZÁLEZ BLANCO, A., «Una nueva provincia del arte prerrománico» (comunicación presentada al Congreso Arqueológico Nacional de Zaragoza abril del 2001, en prensa).

La primera hipótesis que manejamos sobre el origen y la utilidad de la cueva fue contemplarla como una mina, pero esto no se sostiene, ya que si fuera así, las dos galerías mencionadas (A y B) aflorarían directamente a la superficie por el este, pero la realidad muestra que, son las galerías oblicuas las que ven la luz, cobijando a las dos galerías o naves, que con su trazado hacia el este, concordante con la orientación propia de los recintos sagrados, sugiere más bien, que estamos en un espacio cenobial.

Los recintos II y III (en lo sucesivo cueva baja) se encuentran por debajo y a la izquierda del camino actual que asciende al monasterio camaldulense. El recinto II está formado por las cuevas que aún se conservan, mientras que las del recinto III han desaparecido, quedando al este como testigo un muro con ábsides. Este muro marca el límite por el este del recinto III y de la cueva baja, ya que tras el, se encuentra una especie de piscina y el barranco hacia el valle, es decir, no hay posibilidades físicas de prolongar la cueva en este sentido. El recinto II presenta siete aberturas al recinto III. Al estar alineadas y enfrentadas las aberturas 3, 4 y 5 del recinto II con los ábsides del muro testigo al este del recinto III, sugiere que los pilares se apoyarían en los rectángulos punteados que hemos dibujado en el recinto III, que juntamente con las huellas de la excavación marcan las delimitaciones norte y sur del recinto destruido. Nótese que la cueva baja presenta la forma poligonal de un pentágono al trazar sus muros delimitadores.

Las cuevas están excavadas en terreno arenisco, no en roca (salvo un calado reciente en el recinto II, al que no se puede acceder por los derrumbes de la galería precedente), conformando el espacio corredores o naves irregulares separadas por gruesos pilares de planta irregular y perfil cóncavo. La techumbre es abovedada con aristas irregulares en el cruce de las galerías. Los muros que delimitan las cuevas presentan ábsides de profundidad diferente con planta semicircular y bóveda de cuarto de esfera. Los ábsides se utilizan normalmente como remate de las naves, o perpendiculares al eje de la nave o galería terminal. También hay un ábside en un pilar del recinto II.

La realización de la planimetría de «la cueva grande» se basa en tres planos: la cueva alta, la cueva baja y el enlace de ambas. En los tres planos se utilizó la técnica de doble triangulación de sus elementos singulares o de referencia, que en las cuevas fueron normalmente las aristas de los pilares y de los ábsides. Se midió, así mismo, las caras que componen el perímetro de todos los pilares.

El plano de enlace de las cuevas alta y baja, vincula las aristas exteriores de los pilares segundo y tercero (empezando a contar por la izquierda) de la fachada oriental de la cueva alta, con los puntos marcados como «salidas A, B y C», y el punto de «Luz» de la cueva baja. Se confrontaron las referencias de ambas cuevas mediante doble triangulación entre estos elementos y otros intermedios como las piedras (P1, P2, P3 y P4) y el «árbol» referenciados en el plano. Mediante esta técnica, se posicionó la distancia entre las dos cuevas y su orientación relativa.

Salta a la vista que el recinto III ha sido utilizado como cantera, habiendo desaparecido el material que formaba los pilares, la techumbre y las paredes delimitadoras. Salta a la vista que se han respetado las cuevas del recinto II por estar bajo el camino, concediendo un margen suficiente para que el camino no se derrumbara. Salta a la vista, en definitiva, que no se han destruido las cuevas del recinto II, solo por respetar el camino. El estado de conservación de estas cuevas es malo, abundando los desplomes de techumbres, con la consiguiente acumulación de tierras, y la reducción del espacio y de la altura en varias galerías, de forma que algunas partes

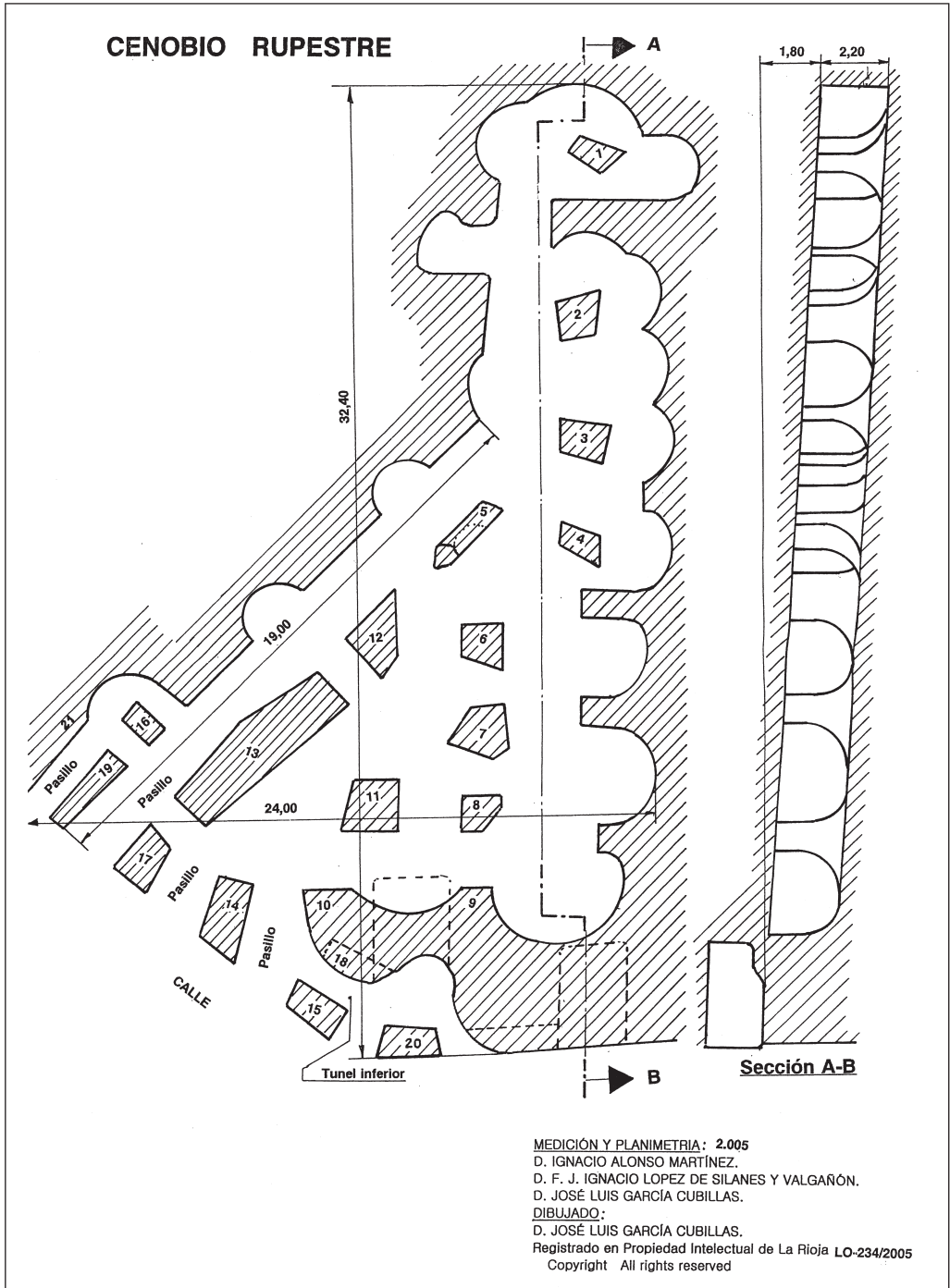


FIGURA 3. Planta de la cueva superior y mejor conservada.

de la cueva son inaccesibles. Todo esto ha dificultado el estudio y la medida del recinto. Incluso hasta existe una apertura en el techo, el punto señalado como «Luz» en el plano, aunque este punto, también pudo haber sido una vía de ventilación de la cueva, ya que se presenta como una abertura redonda en una piedra. Además, el punto de «Luz» o de ventilación se sitúa en el punto medio de la línea que une los vértices intermedios del pentágono que forma la cueva baja. Sirva añadir que, el derrumbe de las techumbres se ha producido tanto por el paso de vehículos pesados por el camino, como por la circulación del agua que el arroyo vierte directamente a las cuevas del recinto II, debilitando sus paredes y pilares. En definitiva, el estado del recinto II es muy precario, y su futuro está directamente vinculado al tonelaje de los vehículos que circulen por el camino y a la intensidad de las lluvias.

De esta forma, el camino actual ha configurado de manera determinante la forma en que encontramos ahora el yacimiento, pues no solamente es responsable de la conservación del recinto II, sino que cuando se construyó el camino, se cavó en la montaña en el ala este del recinto I, un desmonte suficiente para dar cabida al camino con su arroyo, produciendo el acantilado que muestra las seis entradas al recinto I, y las aberturas del recinto II marcadas en el plano como: «salida al arroyo», «salida C» y «galería hundida». Por otra parte el camino delimita la separación entre las cuevas alta y baja, pero la dirección de las galerías al oeste del recinto II y las aperturas al este del recinto I, muestran claramente que ambos recintos, aunque diferentes, estuvieron comunicados, o si se quiere, que los tres recintos formaron parte de una misma entidad o de un mismo complejo.

La comunicación entre las cuevas alta y baja se realizaría entonces por la «salida al arroyo» de la cueva baja y las aperturas del acantilado este de la cueva alta. Llama la atención que la cámara baja del recinto alto esté alineada con la «salida C» de la cueva baja, mostrando otra posible vía de comunicación entre ambas cuevas.

Las cuevas alta y baja no presentan el mismo eje, sino que hay un cambio de dirección del eje al pasar de una a otra, esto se debe a que la cueva alta no podía continuarse hacia el este en esa dirección, ya que a pocos metros de sus aperturas al este está el barranco hacia el valle. La ampliación de la cueva exigió un cambio de dirección del eje, para conseguir una unidad espacial del conjunto y en redondo.

El cambio de dirección de los ejes de las cuevas indica también que la más antigua es la alta, ya que si el recinto matriz hubiera sido la baja, no hubiera sido necesario cambiar la dirección del eje, por existir montaña suficiente en esa dirección para realizar cualquier ampliación.

De esta forma tenemos un conjunto con dos recintos bien comunicados y claramente diferenciados, la cueva alta en forma triangular y la baja pentagonal, que muy bien pudo cobijar una organización dúplice, como las comunidades monásticas dúplices que fueron tan comunes en la España visigótica, lo que también es congruente con las dos naves (A y B) de la cueva alta.

La unidad geométrica de ambos recintos plantea nuevos enigmas. Así, la circunferencia centrada en el vértice superior del pentágono y que pasa por sus dos vértices inferiores, delimita el espacio útil de las naves «A y B» en la cueva alta. La circunferencia que con el mismo centro pasa por los vértices intermedios del pentágono es tangente al ábside terminal de la nave principal (A) de la cueva alta. O la circunferencia centrada en el ábside oriental de la nave principal (A) de la cueva alta, que tiene por radio la longitud de dicha nave, pasa por el vértice superior del pentágono de la cueva baja, y centro de las anteriores circunferencias.

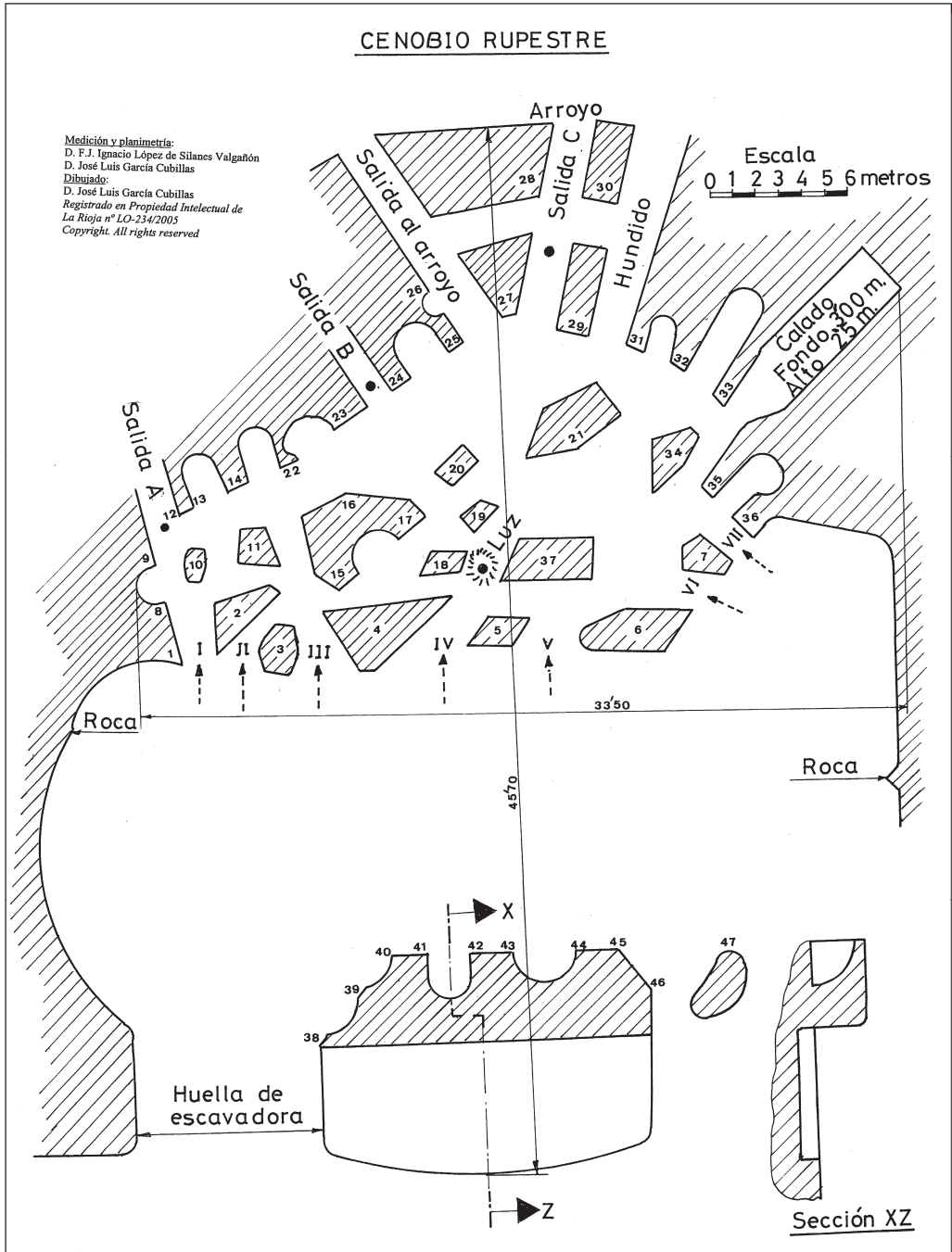


FIGURA 4. Planta de los restos de los grupos de cuevas II y III en el lamentable estado en que se han conservado.

7. HIPÓTESIS INTERPRETATIVA

Pensar en un origen para ser empleada como almacén para determinados productos no sería absurdo, pero es difícil suponer que para un uso de esta índole la construcción hubiera sido tan majestuosa y tan espléndida.

Tampoco puede pensarse que las cuevas pudieran ser restos de antiguas perforaciones en busca de mineral de hierro puesto que en tal caso serían visibles las venas metalúrgicas.

No cabe duda de que la cueva no es una vivienda individual, dado su tamaño y su forma.

Ni tampoco la residencia de una unidad familiar por muy amplia que esta pudiera suponerse.

Desde luego la impresión que da es la de ser lugar de reunión de una colectividad.

7.1. ¿Lugar de celebración litúrgica?

7.1.1. *La distribución del conjunto*

Partiendo del supuesto muy conocido e indiscutible de que hombres y mujeres se reunían pero separados con biombo o de alguna manera similar²², podría perfectamente entenderse:

A) que las personas entrasen por la misma puerta exterior o por una puerta diversa, pero una vez dentro avanzasen por caminos diversos: Los hombres hacia el interior y las mujeres hacia la derecha, por la nave primera, amplia y muy clara, quedándose en ella.

B) Que la liturgia se celebrase en el susodicho ángulo principal muy notable por sus características arquitectónicas, como ya hemos indicado, y por su situación estratégica en el conjunto de la cueva, así como por su configuración que facilitaría mucho en el caso muy probable de que la liturgia que allí se celebrase fuera del rito mozárabe, muy influido por el bizantino, con la importancia grande que tendría el iconostasio, aquí muy fácilmente comprensible y practicable en el espacio, de nivel inferior, en el mismo ángulo de la cueva. Se explicarían bien los espacios más ocultos y excavados a mayor profundidad al lado del ángulo y en su espacio norte.

C) Que por razón de la distancia la nave de los hombres esté excavada con desnivel para ver desde mayor altura.

7.1.2. *La ampliación del conjunto*

En el mismo plano se constata que en el cruce de ambas naves, y precisamente para realizar más el conjunto hay un espacio enriquecido arquitectónicamente con una ampliación de las dos naves en dirección SE con otras naves menores que no eran estrictamente necesarias para dar paso a los hombres hacia su nave de ubicación, sino que forman parte del espacio litúrgico que, en la hipótesis que defendemos tendría lugar en ese centro geográfico.

22 Ver GONZÁLEZ BLANCO, A. / FAULIN, C./ CINCA MARTÍNEZ, J. L., «La cueva de los Llanos», en *Los columbarios de La Rioja, Antigüedad y Cristianismo* XVI, 1999, p. 133-148, en la que un simple biombo o simple cortina puede separar ambas naves de manera satisfactoria. Y por ejemplo GONZÁLEZ BLANCO, A. y PASCUAL MAYORAL, M. P., «El monasterio dúplice de Santa Lucía de Ocón», en la misma obra, p. 249-258. En el valle del Cidacos hay algunas cuevas que tienen forma de Y y los dos brazos al separarse podrían ser indicio de un uso similar, así como también la hay en «Los Palomares» de Nalda: ver GONZÁLEZ BLANCO, A., «Los columbarios del Nalda» (en prensa).

CENOBIO RUPESTRE

Medición y planimetría:
D. F.J. Ignacio López de Silanes Valgañón
D. José Luis García Cubillas
Dibujado:
D. José Luis García Cubillas
Registrado en Propiedad Intelectual de
La Rioja nº LO-234/2005
Copyright. All rights reserved

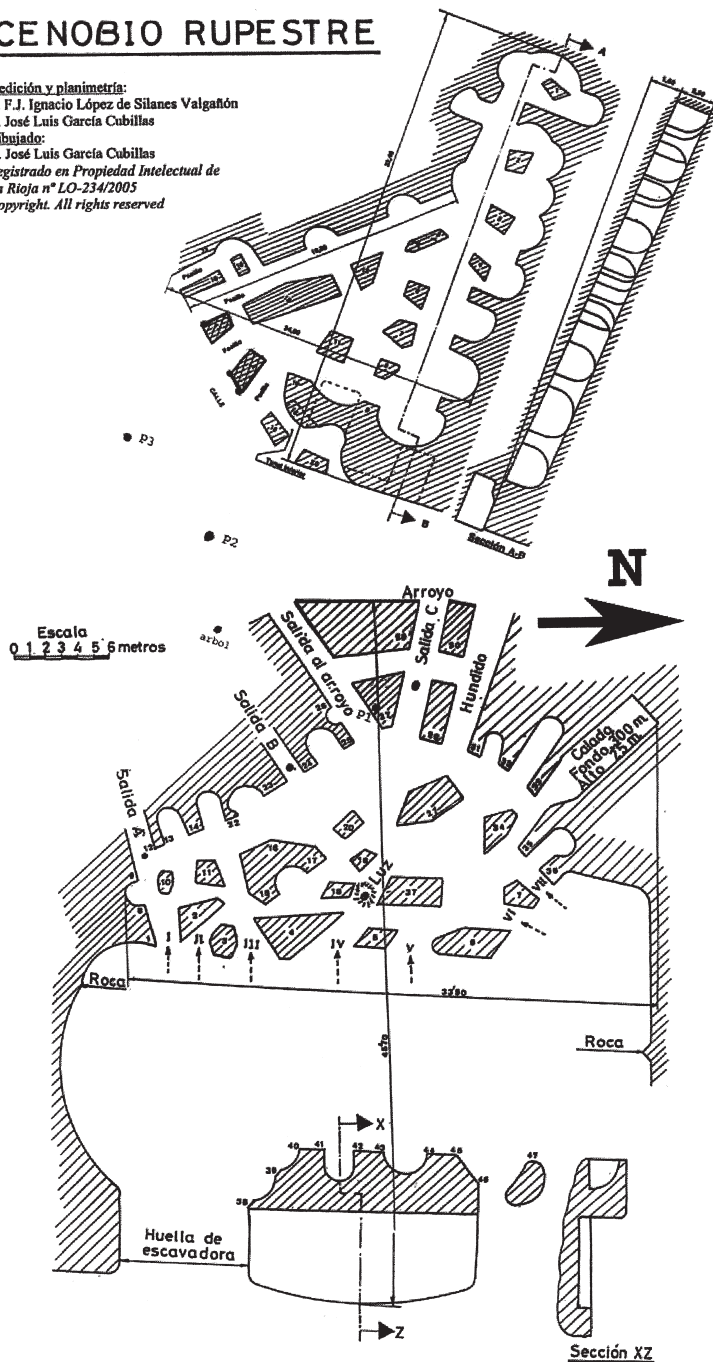


FIGURA 5. Plano del impresionante conjunto de cuevas en su situación relativa y conjunta.

Habría que comenzar recordando con Luis Caballero²³ los problemas que subyacen a los espacios litúrgicos:

«Es evidente que los usuarios religiosos necesitaban unos espacios con unas características especiales predeterminadas y también parece cierto que existían grupos distintos de usuarios. Ahora bien estas necesidades tenían que entroncar con formas preexistentes (bien que existieran ya dentro de la Península o bien que fueran aportadas por movimientos foráneos y había que darles soluciones arquitectónicas concretas que a su vez continuaban técnicas tradicionales (tanto de trazado como de construcción), unas locales y otras más universales. Así en la materialización de estos edificios debían intervenir otras necesidades no estrictamente litúrgicas. Una idea del problema constructivo con que se habían enfrentado y de las soluciones que habían propuesto, está siempre subyaciendo a cada edificio. Había que realizar lo pensado y en esto intervenían métodos constructivos distintos, materiales y sistemas diversos. También ocurre lo mismo con una cierta idea, preconcebida, de carácter estético, aunque sea más difícil analizarla por tener, para su decodificación, menos indicios seguros. Todo ello, finalmente, provoca una red de relaciones compleja que probablemente tiene poco que ver con nuestros simplistas planteamientos tipológicos».

7.1.3. Los usos de los espacios

Ni siquiera en los casos de iglesias construidas se puede determinar con precisión el uso a que se destinaban los espacios construidos. Del tema se ha ocupado el mismo Luis Caballero en el artículo citado²⁴:

«No conocemos, pues, a través de las reglas, los lugares donde podían celebrarse estas reuniones. Sin embargo, algunos espacios eclesiales pudieron servir para ellas. Podemos partir de la idea de que los lugares para reunirse pudieron irse diferenciando de la propia iglesia, lugar de reunión por excelencia, de un modo paralelo a como se dio la diferenciación entre el rito propio de la misa y los oficios monásticos...

«En otras iglesias visigodas encontramos otros espacios laterales que podemos considerar como paralelos a los de Melque y El Trampal. Todos están cerrados a los espacios específicamente eclesiásticos (nave de pie y crucero) pero se comunican con ellos a través de puertas. Nazaré sería el ejemplo más llamativo, como dijimos antes con sus habitaciones laterales ocupando el espacio que podría pensarse habrían de ser naves laterales. Quizás esta forma (nave lateral-habitación cerrada) esté documentando otro modo de crear lugares para reunirse a partir de la iglesia. Según ello podrían entenderse las aulas-naves de pie, en las iglesias con separación constructiva, como posibles lugares para reunirse y no sólo como lugares para asistir al rito de la misa. Según esta hipótesis, el mecanismo de separación serviría para algo más que para una separación cultual (coro) y estaría definiendo otras necesidades en la Iglesia. Habría que observar la planta del resto de iglesias con tres naves a los pies desde este punto de vista. La «degeneración» volumétrica de las naves laterales de «El Trampal» podría señalarnos un

23 CABALLERO ZOREDA, L., «Arquitectura de culto cristiano y época visigótica en la Península Ibérica», XXXIV corso di cultura sull'arte ravennate e bizantina. Seminario Internazionale di Studi su «Archeologia e Arte nella Spagna tardorromana, visigota e mozarabica», Ravenna, 4-11 aprile 1987», Ravenna, Edizioni del Girasole, 1987, p. 31-84.

24 *Ibidem*, p. 72-77.

CE NOBIO RUPESTRE

Medición y planimetría:
 D. F.J. Ignacio López de Silanes Valgañón
 D. José Luis García Cubillas
 Dibujo:
 D. José Luis García Cubillas
 Registrado en Propiedad Intelectual de
 La Rioja nº L.O.-234/2005
 Copyright. All rights reserved.

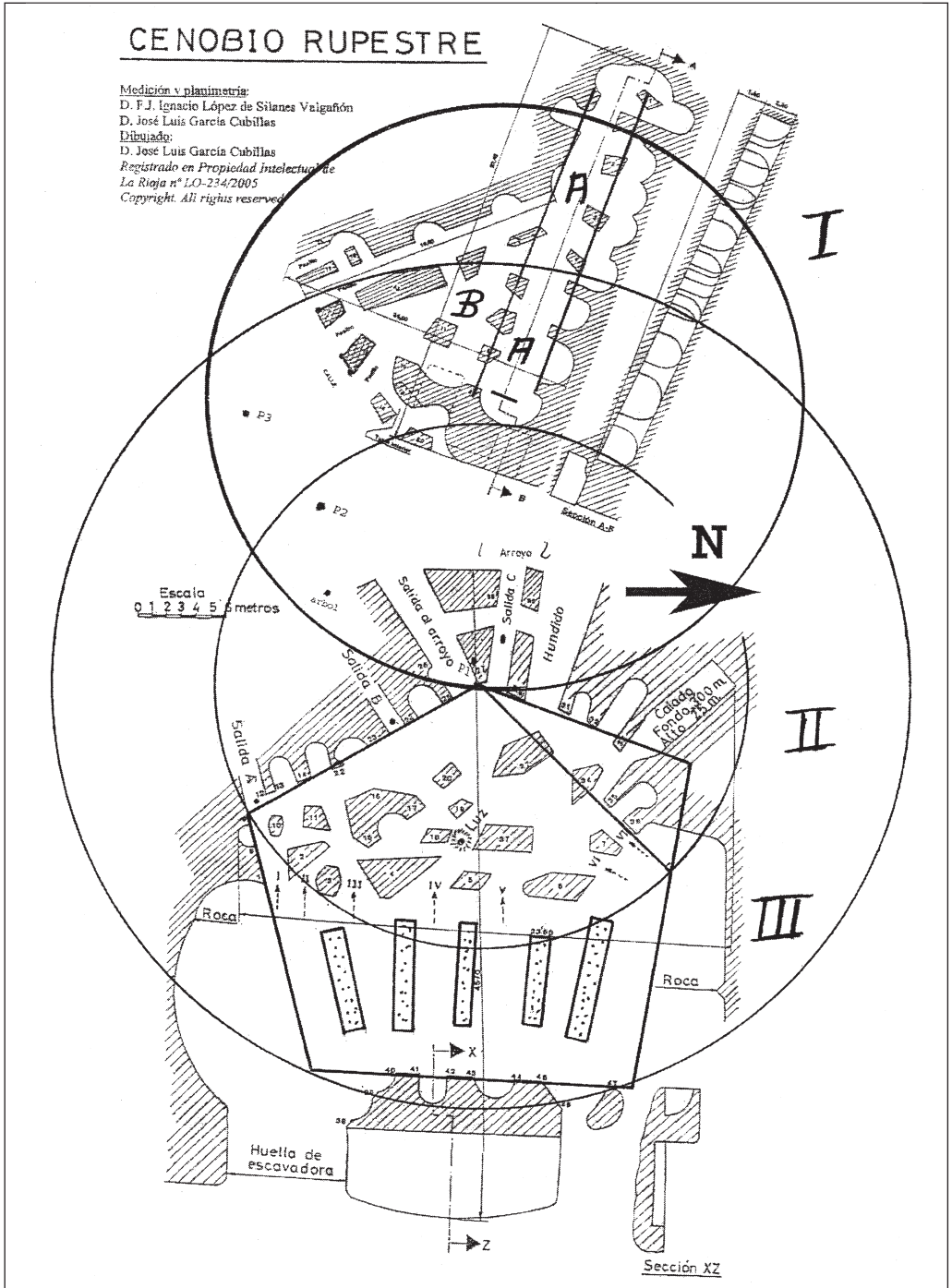


FIGURA 6. Representación geométrica de las proporciones e interrelaciones del conjunto.

estadio evolutivo avanzado correspondiente a su pérdida de uso. Esta hipótesis refrendaría la sensación que dan las plantas de estos edificios, cuyos espacios sufren una «degeneración» sacral a medida que se alejan del santuario»

Caballero no se ha ocupado del espacio en las cuevas-iglesia como sería la que aquí nos ocupa, pero la simple lectura de sus reflexiones sobre iglesias construidas nos permite imaginar lo mucho que para avanzar en el tema se puede sacar del estudio de las cuevas sagradas cristianas²⁵.

En el caso de nuestra cueva del pie de la actual camáldula de Herrera, hay que tener en cuenta primero las celebraciones litúrgicas, con sus procesiones, ya documentadas en el siglo IV para toda la Iglesia oriental y occidental, para las cuales los espacios creados por esas pseudonaves son particularmente aptos; sino también de las reuniones culturales y espirituales de los monjes y monjas²⁶ (no olvidemos que estamos en momentos en los que la vida monástica vive un período de intensa creación de formas de vida y espiritualidad).

Y no hay que olvidar que si en el Oriente, por razones variadas y con justificaciones igualmente variadas y más o menos válidas, podían emplear el recinto y espacio cultural de las iglesias para obtener el vino que luego se emplearía en la eucaristía (y también el que se empleaba para otros menesteres), la iglesia, que aquí interpretamos que es nuestra cueva, pudo emplearse para otras necesidades de la comunidad que la construyó.

7.1.4. El aspecto decorativo: ábsides y elaboración de la excavación de las naves

Un detalle que no podemos olvidar es la existencia de ábsides, y en particular uno muy monumental.

Habría que profundizar en la evolución de la liturgia. El paso de la liturgia mozárabe (de orientación más oriental) a la liturgia cluniacense puede tener algo que ver con el tema.

Y más tarde la generalización de las misas privadas.

No olvidemos que la vida monástica que aquí consideramos puede perfectamente haber surgido en el siglo V, pero es prácticamente seguro que siguió ininterrumpidamente hasta los tiempos documentados. Y los fenómenos a que aludimos aquí son anteriores al año mil²⁷.

25 No solamente de las cuevas de Capadocia (Turquía) y de Lalibela (Etiopía) o de otras en la Tebaida Egipcia o en los monasterios rupestres de Palestina o de otros lugares, sino también y muy especialmente de las cuevas de nuestra península Ibérica, que han surgido para dar cobijo a personas que vivían de acuerdo con unas normas que hemos de estudiar mucho más en profundidad.

26 Para reuniones privadas sabemos que se usaban espacios no necesariamente incluidos en las cuevas. Alguno de ellos hemos localizado en recintos muy pequeños excavados en la roca. Ver GONZÁLEZ BLANCO, A., «Monacato oriental, monacato occidental», en MONTERO FENOLLÓS, J.-L. / VIDAL PALOMINO, Jordi / MASÓ FERRER, Felip, (Eds.), *De la Estepa al Mediterráneo. Actas del Ier Congreso de Arqueología e Historia Antigua del Oriente Próximo* Barcelona, Monografía Eridu 1, 2001, 71-85.

27 Tendríamos que recordar que la vista del abad galo Gotescalco al monasterio de Albelda se realiza en época mozárabe y cuando el famosísimo monasterio de Albelda era un lugar rupestre en su práctica totalidad. Sobre el monasterio de Albeada pueden consultarse los trabajos de J. CANTERA ORIVE, «Un ilustre peregrino francés en Albelda (Logroño). Años 950-951» en *Berceo* 9, 1948, 427-442; 10, 1949, 107-121; 11, 1949, 299-304; 12, 1949, 329-340; IDEM, «El primer siglo del Monasterio de Albeada (Logroño). Años 924.1024», *Berceo* 14, 1950, 13-23; 15, 1950, 313-326; 16, 1950, 509-521; 19, 1951, 175-186; 21, 1951, 531.541; 23, 1952, 293-308; 58, 1961, 81-96; 61, 1961, 437-448; 63, 1962, 201-206; 64, 1962, 327-342; 66, 1963, 7-20; 69, 1963, 377-386. Luego han ido apareciendo materiales de épocas anteriores todavía no suficientemente estudiados: ver GÓMEZ MARTÍNEZ, J. R., «Bibliografía periodística sobre Albelda» en ESPINOSA RUIZ, U., *Estudios de Bibliografía arqueológica riojana: prehistoria e Historia Antigua*, Logroño, IER, 1981, 265-266.



FIGURA 7. *Puerta de la cueva grande.*



FIGURA 8. *Otra apertura al exterior de la misma.*



FIGURA 9. *Corredor de ingreso a la cueva grande.*

8. CONCLUSIONES

8.1. Generales

El estudio de ésta, lo mismo que de otras cuevas, no puede separarse del estudio de la liturgia eclesiástica y particularmente de la monástica. Por lo que todo lo dicho podrá continuarse debidamente enriquecido con nuevas sugerencias.

La contextualización de nuestro espacio ha de ser continuada con una prospección arqueológica mucho más pormenorizada de todo el territorio, muy especialmente de la mano de los mapas mineralógicos de la zona. De hecho la ermita de San Juan de Ollafrerra, popular ermita mirandesa, no está, estrictamente hablando, en este contexto, aunque no esté muy lejana.

Hay que profundizar mucho más en el estudio de la espiritualidad y de las formas de vida para reconstruir la historia no documentada de nuestro rincón. De hecho la existencia de S. Félix en Bilibio es un punto de referencia obligado, pero esta misma existencia necesita ser considerada de nuevo desde el prisma de visión que aquí hemos planteado.



FIGURA 10. *Fotografía del ángulo esencial de la cueva superior.*



FIGURA 11. *Las cruces de la entrada a la Cueva alta.*

8.2. Más puntuales: monacato, mozarabía y recuperación posterior

Que el priscilianismo se extendió por el Valle del Ebro es bien conocido por razones variadas:

- a) La celebración del I concilio de Zaragoza, orientado esencialmente contra ellos lo deja entender claramente.
- b) La constatación de priscilianistas en la Tarraconense, como ha acreditado las cartas de S. Agustín, es un nuevo argumento en igual sentido²⁸.
- c) La abundancia de cuevas monacales en todo el valle del Ebro podría verse como un indicio más de la misma tradición.

Es muy probable que el monacato en esta zona haya surgido en tiempos de invasiones, en los que todo lugar era inseguro.

Con motivo de la invasión árabe tales monjes hubieran vivido como mozarabes, si bien mozarabes en un momento en el que no se diferenciaban de los cristianos libres más que en la sumisión política probablemente pactada.

Tras la reconquista la vida se recuperó y primero surgiría la ocupación cisterciense y últimamente la camáldula.

En cualquier caso esta primera aproximación al conjunto rupestre que hemos comentado necesita que una vez sedimentados los hechos y las perspectivas planteadas aquí, las volvamos a revisar en el campo y con la experiencia volveremos también sobre nuestras interpretaciones, como en efecto tenemos intención de hacer.

28 Ver sobre el hallazgo de la noticia en las cartas de San Agustín: DIVJAK, J., «Die neue Briefe des hl. Augustinus», *Wiener Humanistischen Blätter* 19, 1977, 10-25. Ver la historia del tema en OLIVARES GUILLEM, A., *Prisciliano a través del Tiempo. Historia de los estudios sobre el Priscilianismo*, Coruña, Fundación Barrié de la Maza, 2004, p. 225-228.